

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIV

San José, Costa Rica 1937 Sábado 27 de Noviembre

Núm. 20

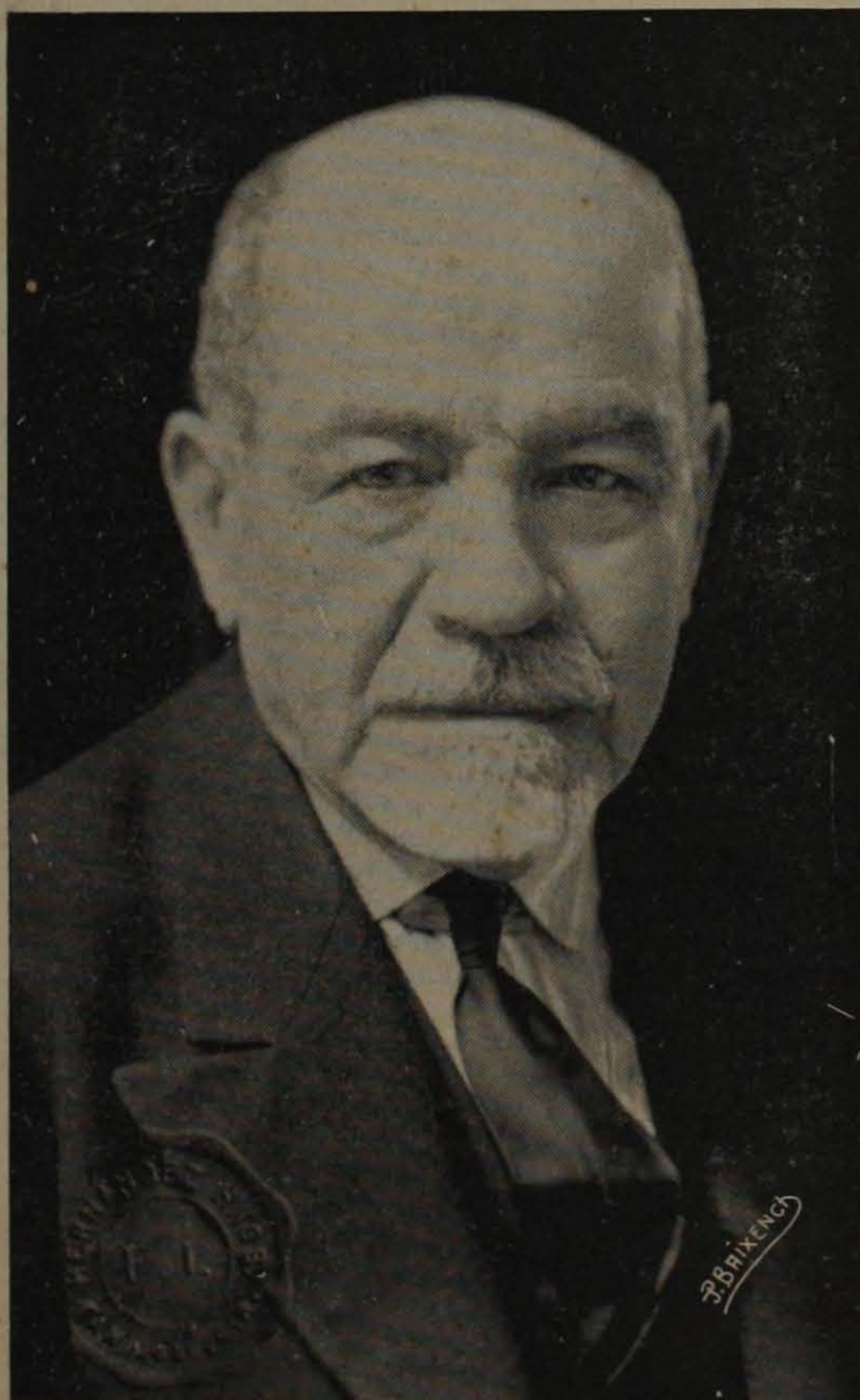
Año XIX — No. 828

SUMARIO

Duelo nacional	R. Fernández Guardia, E. Jiménez Rojas, R. Fournier Quirós, J. García Monge.
En busca de lo sefardi.....	M. J. Benardete
El proceso de Moscú (y 2.)	Malcolm Cowley
Los «enterramientos» de la Cartuja	Antonio Ruiz Vilaplana

Poesías.....	Jesús Zavala
Terapéutica y Medicina	Roberto L. Levy
El Ecuador nos honra y nos alienta.....	
César Arroyo.....	
El Conde de Cagliostro.....	Lorenzo Vives
Un expresivo homenaje al Dr. Korn.....	

Duelo nacional



Lic. don Cleto González Víquez

13 octubre 1858 — 23 setiembre 1937

El 23 de setiembre, mes para Costa Rica fecundo en grandes acontecimientos, venturosos unos e infortunados otros, falleció el que fue dos veces Presidente de la República, Lic. don Cleto González Víquez, colaborador insigne de esta Revista y el mejor de sus amigos. Con él desaparece el admirable libro viviente de historia patria, que era fuente generosa y perenne de todo lo que atañe a nuestro pasado y a la que nunca acudimos en vano los necesitados de noticias, aclaraciones o sabios consejos: libro por desgracia no escrito y cuya pérdida es por lo tanto irreparable; porque de la vasta y profunda ciencia histórica acumulada en el privilegiado cerebro del grande hombre cuya muerte lamentamos todos los costarricenses, tan sólo nos quedan fragmentos en forma de monografías magistrales.

La extraordinaria actividad intelectual del Lic. González Víquez, servida por una clarísima y poderosa inteligencia, una cultura sorprendente, un tenaz espíritu inquisitivo y una laboriosidad infatigable, abarcó tantas ramas del humano saber, tal era su afán de ampliar sus conocimientos universales y sobre todo tan ardiente su deseo de servir a Costa Rica en lo grande y en lo pequeño, en el conjunto y en los detalles de cuanto podía ser útil a su progreso y bienestar, que no obstante su larga vida, le faltó el tiempo necesario para legarnos por escrito todo el fruto de su inmenso trabajo. Movidó por su abnegación y modestia proverbiales, no vaciló en sacrificar la gloria literaria a que estaba llamado, en aras de su amor a la patria y a sus conciudadanos.

Por fortuna, en horas robadas a sus abrumadoras ocupaciones y con el placer del colegial que se toma furtivamente un rato de asueto, el Lic. González Víquez escribió lo bastante para que su nombre haya adquirido fama imperecedera en los campos de la jurisprudencia, de la historia, de la política y de las buenas letras. Tan sólida, sustancial y erudita es esta obra, que hasta ahora no ha sido superada en nuestro país, como claramente se verá cuando se forme una colección completa de los trabajos dispersos del ilustre escritor, homenaje que habrá de tributar la patria a la memoria del hijo preclaro que con ejemplar desinterés la sirvió hasta el último día de su vida.

En esta breve nota, escrita bajo el imperio del dolor, sólo se ha considerado lo que significa la desaparición del Lic. González Víquez para la ciencia y las letras patrias, que con él pierden uno de sus más grandes valores; y sin embargo esta pérdida, con ser de una importancia capital, no es más que una parte de lo que sufre Costa Rica con la muerte del eximio ciudadano, del gran estadista de probidad acrisolada, del campeón de nuestra democracia y de nuestras libertades, del hombre de gran corazón y profunda-

mente humano, a quien como mandatario se le atribuyó el defecto de ser demasiado indulgente y como particular el de su excesivo altruismo, que fue la causa de que terminara su vida en lucha con la pobreza.

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

(De *Revista de los Archivos Nacionales*, San José de Costa Rica, setiembre y octubre de 1937).

Cleto González Víquez ha muerto en San José, a la edad de 79 años.

Fue un historiador, un jurisconsulto y un político.

En filosofía no tuvo ideas bien definidas. Esto le faltó para ser un estadista.

Su temperamento patriarcal lo inclinó hacia el socialismo. Un socialismo neto, pero moderado, que se manifiesta en toda su larga actuación en el Municipio, en diversas Juntas de Beneficencia, en la Cámara de Diputados y en la Presidencia de la República, que ejerció en dos períodos alternos normales. Su ideal era el del Estado-Providencia. Completamos la frase: Providencia indulgente. Sólo consigo mismo fue severo.

En la vida pública y en la privada supo ser constantemente distinguido, correcto, afable.

No fue demagogo.

Como gobernante, encabeza la lista de los mandatarios que han respetado en Costa Rica las libertades esenciales: Cleto González Víquez, Ricardo Jiménez, Carlos Durán, Francisco Aguilar Barquero, Julio Acosta. No estar expuesto a los bastonazos, a la prisión o a la muerte, esto es lo esencial, dicho con palabras de Andrés Tardieu.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

(De *Apuntes*, San José de Costa Rica, 30 de setiembre de 1937).

Ni sobre su ciencia jurídica vasta y sólida y empleada más en solucionar conflictos que en alentarlos; ni sobre su cultura de carácter universal; ni sobre su preparación en las distintas materias del gobierno; ni sobre su labor literaria que reflejaba su frecuente contacto con los clásicos; ni de su obra administrativa numerosa y orientada por un grande amor a su país; ni de sus valiosas investigaciones históricas, que revelan cómo ese amor no se quedó en el presente sino que fué hasta el tronco y la raíz de nuestra nacionalidad; ni de su conversación amena, decorada con gracia por la anécdota o por el rasgo espiritual, o resplandeciente de sabiduría; ni de su finura llana, propia para una galantería como para persuadir a un juez; de nada de eso cabe escribir al lamentar la muerte de don Cleto, pues todo quedará para estudios detenidos de su múltiple, noble y luminosa personalidad.

Ahora ha de señalarse únicamente su relieve como valor humano y cívico, para declarar todos los costarricenses de consuno que ha caído el más grande de los ciudadanos que ha producido la República desde que es. Porque ninguno

le ha servido ni con más constancia, ni con más eficiencia, ni durante más largo tiempo, ni con mayor desprendimiento, que él; ni ninguno ha pesado tanto en la formación de la estructura de nuestro régimen liberal. Estar en el Poder fue para él un accidente en la línea no interrumpida de servicios a la sociedad costarricense que abarca más de medio siglo, ya que cuando bajó a la llanura emprendió su trabajo ordinario con sencillez singular, mas estuvo listo siempre a dar su esfuerzo y sus luces a su Patria, gratuitamente, como en cumplimiento de un deber imperativo, ya en organismos locales, ya en establecimientos de beneficencia, ya en asociaciones de cultura, y por encima de tanto quehacer que asumía con devoción pura, llegando a tiempo a todas partes y sin caminar de prisa nunca, gracias al método de su vida prolífica, su consejo estaba a mano de todos los que lo solicitaran, así para problemas de intereses como para las más nimias dificultades domésticas. Toda ola de pasión halló serena y firme esta playa para romper su bravura en sus arenas y convertirse en la espuma de una sonrisa placida. Generoso como nadie, trabajó muchísimo—hasta en sus últimos días, pues murió en la trinchera, como habría dicho su gran amigo el Dr. Durán—ganó mucho y todo lo dió. Fue una fuente cuyo caudal no logró reunirse, porque apenas brotado lo absorbía su infinita piedad por el prójimo. Toda la enorme riqueza de su cerebro fue derramada para colmar las ansias de su corazón.

Y en el orden ciudadano, pensemos en que fue el verdadero fundador de nuestra democracia, de nuestras libertades, de nuestra civilidad. Entró al Poder so-

bre ascuas y pronto su sagacidad, su ecuanimidad, apagaron todo ardor, porque creyó como el poeta que «la virtud está en ser tranquilo y fuerte». A nada temió nunca. Le vimos alguna vez cerca de las balas, erguido, firme, mas sin posturas torpes. Se creía inmune porque no era malvado, porque no había hecho daño a nadie, porque confiaba en la bondad de los costarricenses, y así le vimos andar sin recelos por todas partes—Jefe o simple particular—solo o con un amigo civil, sin acompañamiento ostentoso o guardias imponentes. Padeció dolores profundos y no fue el menor el recibir dardos de aquellos a quienes más quería y ayudara, que más obligados estaban a conocerle como bueno y a respetarlo; mas nunca se quejó ni guardó rencor alguno. Cuantas veces el adversario fué a él, le halló risueño y amable, dispuesto a servirle, olvidado de las punzadas, superior a todo mal. Esto que era notorio, alentó con frecuencia la crueldad ajena, pues se sabía que nada cobraba y todo lo perdonaba. ¡Qué grande hombre sería, cuando sus enemigos le señalaron como único defecto, que tenía buen corazón! Lo que más lo caracteriza como gobernante, fue su tolerancia a la crítica. Jamás trató de atar la palabra de los costarricenses y dió humildemente—sin crudezas—razón de cada uno de sus actos, seguro como Martí, de que la crítica es el oxígeno de toda democracia. Este hábito de la crítica, válvula de escape de muchas pasiones que si se oprimen pudieran estallar, fue él quien lo creó, quien lo estimuló, quien lo dejó arraigado reciamente en nuestra vida política en forma que ya no es posible desterrarlo ni menguarlo, dando a Costa Rica la nota peculiar que la distingue y honra en todo el Continente. Por él viviremos en perenne crítica; mas gracias a él, por dura que sea la palabra, será ésta el único medio de lucha ciudadana entre los costarricenses. Por eso, por creador de nuestra vida civil, de nuestra paz, vivirá—como perdurará en sus escritos de forma galana y fecunda enseñanza,—en el corazón de las generaciones presentes y futuras, ya que dió el conjuro eficaz para todas las tempestades y el resorte flexible para que nuestro pueblo evolucione sin trastornos ni quebrantos a estados superiores de civilización.

RICARDO FOURNIER QUIRÓS

(De *Diario de Costa Rica*, San José, 28 Set. 37).

De los costarricenses entendidos que han estimado este semanario, don Cleto fue uno de los pocos. En parte, porque le tenía buena voluntad al editor; en parte, porque quiso, como abonado, ayudar a una agencia de cultura y opinión que consideraba honrosa para Costa Rica; y en parte, por la curiosidad y amplitud de su inteligencia, abierta a los cuatro vientos del Espíritu. No asustaban a don Cleto las ideas; ni en su casa, ni en su bufete, ni en la silla presidencial. Con ello dió a sus conciudadanos un noble ejemplo de cultura, de comprensión y de tolerancia. Por lo mismo, nos dolió de veras que uno de sus Secretarios lo in-

Plumarios y dictadorzuelos

Cain se vendía en Caracas; gozaba de mucha popularidad y fue la excepción de una época y es uno de los mayores orgullos de mi vida: era algo puro, nuevo, fuerte, sincero, frente a la ola politiquera y acomodaticia en que flotaban los «intelectuales» de entonces... Todo consistía en «echarle» un discurso a Castro o publicar un artículo en El Constitucional, bajo el patrocinio de Gumersindo Rivas. De allí se iba para un consulado o para un puesto cualquiera. Era la escuela, el sistema. Los hombres de pluma de Venezuela, con muy raras excepciones, son el estado mayor de la desvergüenza; carecen de ánimo, de concepto exacto, de respeto propio, de dignidad. El beso que el Espíritu Santo puso sobre sus frentes se lo hacen borrar a puntapiés por cuanto patán enfurecido se sienta en la curul de Miraflores. Es una enfermedad; es una maldición. Quieren figurar a toda costa, como esas obreritas que cambian su sitio en el obrador por dormir en camas de alquiler. Y se hacen la ilusión de que pertenecen todavía a la clase obrera. Así estos desdichados escriben a veces cosas doctrinarias.

(De José Rafael Pocaterra, en el Cap. IV del tomo I de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Editorial Elite, Caracas, 1937).

dujera alguna vez a suscribir una disposición que tendía precisamente a restringirlas en la prensa; así como el decreto que les impedía votar a los comunistas. Eso se queda para mandones vanidosos y explosivos, pero no para el Magistrado que es un Presidente de República. Magistrado—palabra de peso—es el producto de tres factores, suma y compendio: virtud, saber y experiencia. Y don Cleto fue un Magistrado cabal.

Hombre flexible, sin prejuicios, ajeno a escuelas y doctrinas que dogmatizan y esclavizan a sus prosélitos. Leía mucho; se cultivó en diversos y dilatados rumbos.

¿Qué ciudadano de sus condiciones,—¡si lo hubiera!—querría coger la colección del *Repertorio* donde la dejó don Cleto, en el tomo XXXIII, y seguirla? Ocurrió lo mismo con la de otro costarricense ilustre; la dejó al morir en el tomo XXIII y no hubo con quién reponerlo.

Hoy se halla en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., que la ha continuado.

Del bondadoso, sencillo, sobrio y servicial don Cleto, tan nuestro, nos quedan consoladores ejemplos. Alguna vez en uno de los periódicos locales, dije que era como el padre bueno de todos.

Del gran viejo de la Patria que era, del educable y humanísimo Presidente, ya he dicho también el aprecio en que lo tuve. De don Cleto seguiremos hablando. Es de los finados buenos—porque los hay malos—que siguen a la cabeza de la República. Genios tutelares, llegaron a ser antaño estos bienhechores. La ciudad, la Patria, siguen sintiendo su presencia espiritual. Ellos continúan en vela, que es consejo y es amparo.

J. GARCÍA MONGE

Noviembre de 1937.

En busca de lo sefardí

Fiesta de tornaboda en Nueva York

Por M. J. BENARDETE

= Envío del autor. Nueva York, N. Y., 6 de noviembre de 1937 =

Era el último día de *aljád* del mes de septiembre. A la una de la tarde mi mujer y yo debíamos estar presentes en uno de los elegantes hoteles de la calle cincuenta y nueve de Manhattan. El nombre del hotel es el mismo que el de una ciudad pequeña en los Alpes de Suiza. Sin intencionarlo, el que celebraba la fiesta escogió lo más alto del hotel para allí reunirse con los miembros de su familia y de los parientes cercanos. Fue precisamente en el piso treinta y uno donde nos encontramos después de ver anunciada a la entrada, la fiesta. Hacía un día esplendoroso. A veces el mes de septiembre en Nueva York tiene la dulzura de un vino viejo conservado en la frescura de la tierra. Este día de *aljád* vibraba de energía y de calor saludable.

Apenas subimos a lo alto del hotel que nos dimos cuenta que estábamos en una casita privada, separada del resto del mundo. Desde lo más alto del hotel se veía allá muy abajo una gran extensión de tierra. La arquitectura de los altos edificios permite ahora tener la mitad de las paredes hechas de vidrio. Por un mecanismo ingenioso las ventanas se abren horizontalmente. De esta manera se puede tener todo el aire y sol todavía no manchados y ensuciados por los gases de los automóviles, dentro de estas casitas o departamentos en los tejados de los rascacielos.

Fuimos recibidos cordialmente por el padre de la novia, el cual debemos decir antes de que se nos olvide que es mi primo. Nosotros no nos habíamos apresurado a venir y sin embargo poca gente se encontraba allí al entrar en el piso... Todo el mundo sabe que uno de los gran-

des placeres que sentimos en las fiestas familiares en este mundo nuevo es aquel que nos salta a recibir cuando nos saludamos con un pariente o amigo a quien no hemos visto desde hace tantos años. Curioso es observar que Nueva York, que tiene tantos medios de comunicación, en efecto, hace posible la separación de las gentes. No sé de qué otro modo explicar el hecho de que tuve que esperar tantos años para retornar a verme con mi primo hermano. Si con mi primo no me había visto desde hace tantos años, no se diga los más años que han pasado para que yo me viera otra vez con compatriotas y parientes. Tal vez la culpa la tenga yo en esto. Esta buena gente se frecuenta entre sí porque viven cerca los unos de los otros en los mismos barrios. Y yo estoy alejado de ellos. De todos modos el hecho queda que yo no había visto a mis paisanos. Y ahora sentía un gran placer en encontrarme con ellos.

¿Qué era la ocasión? Aquí está lo importante. Dar una fiesta en el hotel con su nombre elegante en la calle cincuenta y nueve no es un acontecimiento común para nosotros. Invitar a más de cien personas para beber, comer, bailar y divertirse durante ocho horas en un hotel de esta categoría, es sólo posible de parte de una persona que ha logrado una condición económica bastante elevada. Calcúlese a cuánto se quiera los gastos de una fiesta de este tipo y se verá que suben a muchos centenares de dólares. Quiere decirse que esta fiesta fue dada por un *sefardí* en honor de su hija, el cual pertenece en la actualidad a la burguesía nueva que se ha venido formando por los inmigrantes que llegaron a este país hace unos veinticinco años.

Claro está que mi intención no era describir esta fiesta. Pero como las costumbres que se van formando entre los nuestros, para nuestro bien o para nuestro mal, están en oposición con aquellas costumbres y usos en que nos criamos en el Viejo Mundo, parece obligación nuestra señalar lo nuevo que se observa. Raras y extrañas son las nuevas costumbres. Cuando cambian las costumbres es que los hombres han trocado de cultura y de visión. Un examen rápido de lo que vimos y en lo que participamos nos convence que nuestra manera de vivir ya es otra...

Decíamos que mi primo celebraba con sus amigos y parientes una fiesta en honor de su hija. Este hombre de cuarenta y un años debió haberse casado joven. De ese modo se entiende que tuviera hija por casar. ¿Pero cómo fue la boda? Parece que el cómo se casó no fué lo importante en este caso. Un pariente de la familia, un abogado joven, se interesó en la hija de mi primo. Entre aquél y la muchacha se hizo un arreglo, y tal vez con el consentimiento de la madre de la que iba a ser novia, los dos jóvenes se casaron de un modo modesto. A decir verdad, no tenemos datos seguros sobre cómo fué la ceremonia del matrimonio. Se dice que los jóvenes se casaron por las autoridades civiles, y si hubo intervención religiosa fue de un carácter privado.

Yo que fui convidado a la fiesta del hotel elegante no sabía nada de este casamiento de la hija de mi primo. Esto muestra que el casamiento legal y religioso no era lo más importante. Según los rumores que me alcanzaron por un admirador del joven abogado, los recién casados en el automóvil que les regaló el padre de la novia se pasaron su luna de miel viajando por este gran país.

¿No es verdad, entonces, que esta fiesta era una cosa nueva? ¿A quién se le hubiera pasado por la cabeza en Turquía, o en Grecia, o en Marruecos, celebrar una fiesta de boda tres meses después del casamiento? Aquí al parecer se ha roto la tradición. ¿Donde están aquellos aparejos, aquel soflamarse de sangre, aquel venir e ir con el colgar del ajuar, aquellas celebraciones de alheñarse los dedos de los pies y de las manos, y aquellas fiestas de recibir las bendiciones nupciales! Todo eso y aún más concerniente a las bodas antiguas son ahora en este país cosas de la memoria para nosotros. Han pasado al museo de lo viejo. Pero al pensar en el pasado, ¡quién puede olvidarse de aquellas bodas de tanta atracción pintoresca! Había mucho de pesado, mucho de superstición en aquellas bodas. Esto es muy de verdad. Sin embargo, había también cosas de profundo valor en ellas: Panderos y bailes, cantigas y romances, dulces bendiciones.

Este último *aljád* de septiembre estábamos en esta fiesta para celebrar un casamiento que tuvo lugar hacía tres meses. Nuestra gente conserva sus costumbres orientales de no llegar a la hora anunciada. Por esto tuvimos que esperar. Mientras esperábamos la venida de la mayoría de los convidados nos sentamos a unas mesitas, teniendo

de regalo el panorama de todo un mundo allá en el abismo de la ciudad. Al oeste se veían las colinas de Nueva Jersey y al norte cercano la expandidura o extensión del Parque Central con su sábana de agua azul. Un poco más allá de la banda del majestuoso río Hudson, parte del puente colgante Washington se veía en su presencia plateada. Su inmensidad quedaba reducida por la distancia en una estructura todo gracia y fuerza, como la de las alas abiertas de un águila en el cielo. El sol entraba con su caricia de calor. Mientras nuestros ojos se henchían y se empapaban de la hermosura de la naturaleza: colinas, ríos, lagos, expandiduras de árboles y hierba color esmeralda, un rayo de luz dorada se metía misteriosamente dentro del vaso de vino Jerez, iluminando con su hechizo a la dormida princesa, vestida de ámbar. Enjoyado con este rayo de sol septembrino, el vino hacía bailar algo muy entrañable dentro de de nuestras almas...

II

Retornamos a decir que en un hotel elegantísimo de la calle cincuenta y nueve se celebraba la tornaboda de estilo moderno, de la hija de mi primo. La fiesta no empezó de súbito, porque los convidados no estaban todos presentes. Poco tiempo se tardó para ver las nuevas fuerzas dentro de la colonia sefardí. De parte de la mujer de mi primo vino un grupo muy numeroso. Esta familia puede semejarse a un árbol gigantesco de muchas ramas verdes. También sólo en términos de tribu puede explicarse su muchedumbre. Formaría en el desierto toda una agrupación por sí. Muchas generaciones había representadas en estas familias todas encadenadas las unas con las otras. Sin querer ser malicioso se podría decir que en esta grande familia sefardí teníamos en evidencia lo nuevo. Los hombres de este clan no alcanzaron ni altas posiciones sociales o mercantiles ni riquezas. Por el contrario, sólo las mujeres de la tribu en cuestión mostraban el efecto de la nueva atmósfera que son los Estados Unidos.

Con poca supervisión, con mucha libertad estas mujeres sefarditas han sabido aprovecharse de América. Ambiciosas, fuertes, despiertas, estas mujeres se echaron a la busca de maridos de más energía y habilidad que sus padres, hermanos, y tíos. Tuvieron en su mayoría buena suerte, enganchándose con hombres de otras ciudades. Primero habrá que decir que consagraron entre miembros de la misma tribu y después con gente de diferentes orígenes sefarditas. Teniendo la aventura en la sangre, las mujeres de este clan fecundo exploraron el nuevo campo matrimonial que tenían a su alcance. Como tuvieron que ganarse antes de casarse, el pan en varias ocupaciones, vinieron ellas en contacto con los hombres de las muchedumbres azquenasitas. Ellas han sido de las primeras sefarditas que salieran de la estrechura tradicional... Veíamos muy claro en esta fiesta celebrada en un rascacielos elegante, el mapa nuevo de nuestro futuro. Miembros del cuerpo sefardí se han mezclado los unos con los

otros. De más importancia aún era ver las conexiones matrimoniales entre sefardíes y azquenasitas.

En efecto, la fiesta a la cual asistíamos daba más pruebas de lo que venimos diciendo. Por encima de la tornaboda de mi segunda prima, aquella tarde de *aljád* se iba a anunciar el apalabramiento o desposorio de una muchacha sefardí que pertenecía al clan progresista que acabamos de describir, con un joven azquenasita de Boston. Esta nueva ocasión dio lugar a una corta conversación entre un fabricante sefardí, un miembro de la tribu fértil y yo. Fumaba un puro el sefardí vencido y se se olvidaba de sus dificultades económicas entre la gente alegre. El fabricante es un hombre delgado; justo como la espada del guerrero ideal.

—Así viva la mamá, que nos habría sido de mucho provecho si al venir a América tuviéramos bastante previsión para entrar en las familias azquenasitas.

—Sí, sí, eso es verdad. Pero no estábamos preparados para pensar en esto o en hacerlo.

El último en responder a la sugestión del vencido era el bondadoso fabricante. Conociendo un poco más de historia que mis buenos compatriotas, sabía que la absorción y derretimiento de lo sefardí en lo azquenasí no era todo en nuestro favor. Por lo menos salíamos ganando y también perdiendo por este proceso de asimilación. Y por esta razón les conté a mis amigos una chica anécdota.

—Este consagrar con los azquenasitas me hace recordar lo que le pasó a un bobo de casalino (aldeano) al ver un cambiador de monedas. El bobo casalino o aldeano vió a un cambiador delante de una mesita contando un puñado de ducados de oro. Los hacía sonar dejándolos caer los unos sobre los otros con mucha presteza entre sus ágiles manos. Se detuvo ante la puerta del pequeño banquero. Hechizado por el color, el sonido, y el número de monedas, el casalino con excitación abrió su bolsa, y quitando de dentro de ella su único ducado, cerró los ojos y lo echó en la mesita del cambiador. Este, sin mucha ceremonias, tomó el nuevo ducado, lo introdujo entre los suyos y continuó sonándolos. Esperó unos minutos el bobo del casalino. Alarmado y espantado dió gritos diciendo:

—¡Mi ducado, mi ducado, mi único ducado!

El cambiador levantó los ojos y vió al excitado aldeano. Después de preguntarle por qué gritaba, el casalino con las lágrimas en los ojos le dijo:

—Señor banquero, me dijeron que *el dinero atrae al dinero*. Soy pobre. Toda mi riqueza es este único ducado. Al veros con tantos ducados perdí la cabeza y traté de ver si mi ducado me recogía vuestros ducados.

El cambiador, viejo y de mucho saber, le respondió que él tenía veinticinco ducados y que si al contarlos le sobraba uno, él se lo retornaría con mucho gusto. En efecto, lo hecho, hecho.

—Buen hombre, lo que os dijeron en la aldea es muy verdad, sólo que se olvidaron de decirnos también: *que es lo mucho lo que atrae a lo poco*, y no al contrario.

(Sigue en la pág. 318)

PUESTO DE LIBROS

Keyserling: <i>El conocimiento creador</i>	9.00
Fernando González: <i>El remordimiento</i>	3.50
Max Brannon: <i>Las deudas privadas en la crisis contemporánea</i>	2.50
Conde Pozos Dulces: <i>Reformismo agrario</i>	2.00
Andre Gide: <i>Regreso de la U. R. S. S.</i>	2.00
Araujo: <i>Teoría electro magnética del Sol frío</i>	3.00
Hugo Lindo: <i>Clavelia</i> . (Romances)...	2.00
Claudia Lars: <i>Canción redonda</i>	2.50
Alma Fiori: <i>Nómada</i>	2.50
Genaro Estrada: <i>Senderillos al ras</i> ...	2.50
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño</i>	2.00
Arturo Borja: <i>La flauta de Onix</i>	2.00
Lope de Vega: <i>La Dorotea</i> (2 tomos)	2.50
Goethe: <i>Egmont</i>	0.50
Lope de Vega: <i>Peribañes</i>	0.50
Ml. y Antonio Machado: <i>Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcarcel</i>	0.50
Lope de Vega: <i>Fuenteovejuna</i>	0.50
Calderón de la Barca: <i>La vida es sueño</i>	0.50
Lamartine: <i>Las confidencias</i> (2 tomos)	1.50
Garchin: <i>Cobarde</i> . (Cuentos)	0.50
Savitri: <i>Un episodio del Mahabharata</i>	1.00
Dickens: <i>David Copperfield</i> (4 tomos pasta)	10.00
Teresa de la Parra: <i>Las memorias de Mamám Blanca</i>	5.00
Lion Fenchtwanger: <i>La duquesa fea</i>	3.50
Mark Twain y otros autores: <i>Cuentos norteamericanos</i>	4.00
Teresa de la Parra: <i>Ifigenia</i>	6.00
Waldo Frank: <i>City block</i>	4.00
José María Chacón y Calvo: <i>Ensayos sentimentales</i>	1.00
R. Brenes Mesén: <i>Crítica americana</i>	3.00
Carlos Dembowski: <i>Dos años en España y Portugal</i> (2 tomos)	2.50
Fernando González: <i>Mi compadre</i> (Biografía de Juan Vicente Gómez)	5.00
Alejandro Vicuña: <i>Crisóstomo</i>	3.00
Mario Carvajal: <i>Vida y pasión de Jorge Isaacs</i>	3.00
Manuel G. Prada: <i>Bajo el oprobio</i>	3.00
R. Dozy: <i>Historia de los musulmanes en España</i> (4 tomos)	5.00
Condorcet: <i>Bosquejo histórico</i> (2 t.)	2.00
Messer Augusto: <i>La filosofía actual</i>	5.00
Carlos Saavedra Lamas: <i>Por la paz de las Américas</i>	5.00
Carlos H. Pareja: <i>Derecho Administrativo, teórico y práctico</i>	9.00
Salvador F. Seguí: <i>Taquigrafía Seguí</i>	2.00
Henry C. Morrison: <i>La práctica del método en la Enseñanza Secundaria</i>	2.00
John Dewey: <i>Democracia y Educación</i>	3.00
Ernesto Nelson: <i>La salud del niño</i>	3.00

Los consigue con el Admor. de este semanario

CALCULE EL DÓLAR A \$ 6.00



Fuente sedante

Madera de Max Jimenez

El proceso de Moscú

Por MALCOLM COWLEY

= Envío de Enrique Espinoza, Santiago de Chile, setiembre de 1937 =

(y 2.º Véase la entrega anterior)

Hay otras lecciones que sacar del último proceso de Moscú. No trato de escribir un relato sin partidismo de los procedimientos de la Corte, porque aquello sería casi imposible, los hechos son demasiado cercanos: en cuanto nos ponemos a estudiarlos tenemos que tomar un bando u otro, y es fácil saber el que yo he tomado. Por otro lado, no me gustan las semi-verdades, o las contorsiones que se consideran expedientes correctos, y estoy tratando candorosamente de establecer las conclusiones que el proceso me sugiere. Algunas de ellas son desfavorables a la Unión Soviética, aun suponiendo que todos los cargos presentados en la Sala de la Corte fuesen fidedignos, talvez diría únicamente bajo esa suposición.

En primer lugar, el proceso de-

mostró que durante los años 1930 a 1933, la Unión Soviética estaba en una situación mucho más crítica de lo que la creíamos nosotros en Europa Occidental. Muchos altos funcionarios de los ferrocarriles rusos temían que los medios de transporte se desbarataran. Muchos ingenieros estaban convencidos que las nuevas fábricas no se costearían. Los campesinos hacían huelgas contra la colectivización y en muchos casos se dejaban morir de hambre para combatirla. A expertos políticos militares como Radek les parecía que la guerra y la derrota eran inevitables.

En segundo lugar, las declaraciones prueban que había mucha deslealtad entre los altos funcionarios soviéticos; durante el proceso, más de cien nombres de conspiradores fue-

ron mencionados y esto permite suponer que varios miles más simpatizaban con ellos.

Los complotados y los saboteadores eran mucho más capaces que los que permanecían leales, un hecho que fué dramáticamente probado durante el proceso por el contraste entre el ingenio sutil de Radek y la testaruda insistencia del fiscal.

En tercer lugar, las pruebas demuestran que la animosidad se tornó en traición en gran parte por la falta de sentido democrático que hay en Rusia. Esto se ha dicho mucho en sentido general, pero los documentos del proceso lo sostienen en forma contundente. A todos los prisioneros se les hizo explicar por qué se habían hecho Trotskistas. La mayoría respondió que se debía a que estaban en desacuerdo con algún punto del Plan Quinquenal. Así, por ejemplo, Pyatakof era de opinión en 1931, de que «la construcción de inmensos trabajos de explotación en el Ural-Kuznetsk Complex concebida por Stalin carecía de base... Estas plantas no se costearían». En el mismo año Knyazev pensaba «que era imposible mejorar el trabajo de los ferrocarriles por el procedimiento que se estaba aplicando». Stroilov fué a visitar la hacienda colectiva, donde vivían sus padres, y «le pareció que lo que se estaba haciendo en pro de la colectivización iba por mal camino, en todo caso en cuanto al plazo que se habían fijado».

No se puede dejar de pensar que muchas de estas objeciones habrían desaparecido si se hubiesen debatido abiertamente. Pero la norma-programa del partido ya había sido fijada, y la fiebre de construcción no dejaba tiempo para discusiones. Los que dudaban temían ser tratados como enemigos públicos del partido si hablaban abiertamente; entonces optaron por pasar a ser enemigos secretos. En cuanto a la G. P. U. más bien creó traición al tratar de perseguirla. Así, el pobre Stroilov (me alegré al saber que libró solamente con una sentencia de ocho años) estaba aún indeciso cuando agentes del Servicio Secreto Alemán le amenazaron con entregarlo a la G. P. U. si no seguía las instrucciones de ellos. Knyazev, comenzó por ocultar en una forma semi-inocente el que un diplomático japonés había tratado de sobornarlo. Pero los Trotskistas tuvieron noticias del incidente y lo forzaron a obedecerles bajo la amenaza de denunciarlo

como espía japonés, y más adelante los japoneses lo obligaron a hacerse efectivamente un traidor, amenazándolo de presentarlo como Trotskyista. El temor a la G. P. U. sirvió poderosamente a sus enemigos.

En cuarto lugar, las declaraciones también prueban que muchas personas que han actuado como voceros del Soviet,—Radek, Pyatakov y, sobre todo, Rohm y los otros acusados en menor escala—han sido hipócritas empedernidos; ponderaban el éxito del programa soviético, cuando creían que ya iba a fracasar; celebraban la capacidad del Ejército Soviético cuando estaban convencidos que iba a ser vencido, y aun pedían la muerte de Kamenev y Zinoviev, cuando estaban mezclados en la misma conspiración.

Cabe preguntarse si todos estos hipócritas han sido desenmascarados.

En quinto lugar, las declaraciones prueban que Stalin no ha conseguido ganarse la lealtad de muchos subalternos inmediatos como Radek y Pyatakov, a quienes él quería y estimaba.

En sexto lugar, las declaraciones también prueban que en Rusia el poder efectivo está concentrado en un grupo demasiado pequeño. En un momento dado un juez tan perspicaz como Radek opinaba que todo el Gobierno podía ser derribado por el asesinato simultáneo de cinco hombres. «No tenía la menor duda, dijo, que los atentados se debían dirigir a las personas de Stalin y sus colegas inmediatos, es decir, Kirov, Molotov, Voroshilov y Kaganovitch. Yo sabía perfectamente quiénes dirigían el partido y el Gobierno Soviético».

Esta concentración del poder es una de las principales razones por qué Trotsky llama al actual Gobierno, Bonapartista, y por qué compara a Stalin con Napoleón. Realmente, hay tantas diferencias de carácter y de propósitos entre Stalin y Napoleón que esa comparación sólo se presta para propaganda antisoviética. Pero Napoleón no fué el único dictador colocado en el poder por una gran revolución europea. Antes de él, Cromwell fué un dictador contra voluntad, o en parte contra su voluntad—un hombre concienzudo, taciturno, desconfiado, que hacía lo posible por el bien de Inglaterra y las clases revolucionarias, mientras vivía en continua zozobra de ser asesinado—un hombre de más integridad que genio, a quien Stalin se asemeja tanto que me sorprende que nunca se les haya comparado. Supongo que esto se deberá a que enemigos de Stalin encontrarán la comparación demasiado ventajosa y sus amigos encontrarán que no le hace bastante honor.

En cuanto a Bonapartismo, fué al propio Trotsky a quien le apodaban de Napoleón Rojo, y quien sueña aún en conquistas revolucionarias que fuesen conquistas militares a la vez.

Stalin y Trotsky, en el curso de su largo odio, que se remonta al sitio de Tsaritsyn y la guerra civil de Ucrania (1919-20) cada uno ha sacado a relucir las condiciones menos dignas de alabanza del otro. La brusquedad de Stalin puso en evidencia la suficiencia de Trotsky. Las maniobras políticas de Stalin, acarrearón las conspiraciones de Trotsky; éstas, a su vez, una política más coercitiva de parte de Stalin y más represión

engendra nuevos complots, que van siendo cada vez más atolondrados y a la desesperada. Si se tratase solamente de considerar los rasgos personales, sería fácil hacer un equilibrio entre estos dos hombres, oponiendo la perseverancia de uno al vehemente genio del otro, pero hoy en día es cuestión de guerra y de paz y del mundo en que nuestros hijos van a vivir. Stalin con todas sus faltas y todas sus virtudes representa la revolución comunista. Trotsky ha llegado a encarnar la «segunda revolución» que está tratando de debilitar a la otra a los ojos de los poderes fascistas.

*

Y hay que sacar de la relación del proceso una conclusión sobre Trotsky. Se le considera generalmente como un gran líder traicionado por la debilidad de sus partidarios y él ha contribuido a diseminar esa idea. Pero la verdad parece ser que los opositores han sido muy numerosos en la Unión Soviética, de grandes dotes intelectuales y con frecuencia muy adeptos a Trotsky. En ciertos períodos la razón ha estado con ellos. No hay duda, por ejemplo, que los campesinos rusos fueron colectivizados con demasiada precipitación y que Stalin mismo debiera haberse hecho responsable de esto en vez de culpar a sus subordinados. No hay duda, si echamos una mirada retrospectiva, que el ritmo del Plan Quinquenal era demasiado rápido, y que se habría logrado la misma realización a menos costo si se hubiese hecho más despacio. «Se cometieron errores», admiten los comunistas, pero lo admiten con demasiada ligereza; demasiados errores que causaron sufrimientos humanos, y que fueron la base real y positiva de la oposición. Pero Trotsky ayudó a desvanecer esa fuerza transformando el conflicto de políticas en un conflicto de personalidades. Su odio a Stalin lo impulsó a ir demasiado ligero para aquéllos que habían aceptado su dirección; los arrastró a conspiraciones y asesinatos, a actos de sabotaje; los separó de las masas. El ego-centrismo de Trotsky y su falta de lealtades personales le hizo renegar de los Trotskyistas rusos en cuanto fueron descubiertos y arrestados. «El hombre por el cual hicimos todo esto», dijo Pyatakov, «no hará otra cosa creo—lo conozco muy bien—que seguir la táctica de desentenderse de lo que hemos hecho juntos con él y

John M. Keith & Co., S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE.
Refrigeradoras eléctricas GRUNOW.
Plantas eléctricas portátiles ONAN.
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), etc., etc.

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

bajo su dirección; nos difamará, mentirá, nos acusará de cobardía y de todo lo que se le ocurra».

Trotsky hizo exactamente esto, antes de leer estas palabras. «Por el fantasma del poder, dijo Radek, Trotsky estaba listo a sacrificar hasta el último hombre capaz de morir por él». No era el gran líder el que traicionaba a sus partidarios: eran sus partidarios los que fueron traicionados y empujados a la muerte por su gran líder.

*

La relación de los procesos de Moscú, hace indispensable que revisemos y revaloricemos el conjunto de nuestra actitud hacia la Unión Soviética.

Ha habido, me parece, una tendencia, entre avanzados y reaccionarios, a considerar a la Unión Soviética como la respuesta a sus propios problemas personales (aun sus problemas literarios), y a juzgar la nueva sociedad como un ideal o un infierno. Esta tendencia ha producido dos efectos opuestos. En primer término, ha inducido a mucha gente a cegarse respecto a los verdaderos defectos de la Unión Soviética, o al menos a excusarlos. ¿Opresión política? Realmente no lo es tanto, y por lo demás era necesaria—¿Burocracia?—Sí, tal vez, admitamos, pero es una fase pasajera, y sea como se sea hay que pensar en esas maravillosas colonias infantiles de verano y en las *crèches*... Uno de los peligros de estas mentalidades es que son sumamente caprichosas. Cualquier pequeño incidente o encono—chinchas en un nuevo hotel, mobiliario feo, un telegrama a Stalin que tiene que redactarse en términos obsequiosos—es susceptible de destruir la ilusión. Desde ese instante el ideal se vuelve contra el ideal. El idealista de ayer se transforma en un cínico que no admite que nada sea bueno en la Unión Soviética, ni siquiera las colonias infantiles de verano, ni las *crèches*; y llega a creer que todo eso es un andamiaje de mentiras y tiranía, peor que el Imperio alemán bajo Hitler. Stalin como emblema paternal es entonces substituído por Trotsky.

Tenemos que encontrar alguna manera de caminar sin ideales utópicos y, sobre todo, sin la idea de que todas nuestras dificultades en el resto del mundo pueden ser resueltas por la adopción de los métodos que se aplican en Rusia. Tenemos que formarnos un concepto más real de la

Unión Soviética, a lo cual puede contribuir la relación de este proceso.

*

El cuadro que la realidad nos da es el de un país en donde ya se ha terminado el período de los sueños revolucionarios con sus arrebatadores entusiasmos. Se ha terminado también el período de una simple reconstrucción. Hoy en día queda la labor de construir una nueva sociedad con el escaso material de que disponen y de defender esa sociedad contra los invasores extranjeros (para no hablar de los traidores y parásitos de adentro) y de ponerse a la obra en esto, no con héroes ni semidioses, sino con hombres que a la vez que capaces y abnegados son por añadidura ambiciosos, vanidosos, irritables, sujetos a equivocarse y poco dispuestos a admitirlo. Marx y Lenin guiaron a estos hombres hasta el umbral de un mundo nuevo, pero no los pudieron guiar más allá; ahora tienen que bogar hacia adelante solos, y el resultado no es ni una *Utopía* ni un *Infierno*: es la Rusia Soviética «en construcción».

A esta nueva sociedad le debemos lealtad, pero no lealtad ciega. Con sus fuerzas y sus flaquezas, sus fallas de ahora y sus promesas para el futuro, es la fuerza más progresista del mundo. Si la Unión Soviética fuese aniquilada por los poderes fascistas, sería una catástrofe a la que dudo que nuestra civilización actual se sobrepondría. Sería el final de la revolución mundial.

Por otro lado, los problemas, las dificultades y el ritmo general de esta sociedad en construcción son tan diferentes de los de la Europa Occidental y de América, que las luces que podemos esperar de Rusia son

muy limitadas. Es más fácil hoy en día que hace cuatro años, imaginarse el movimiento revolucionario de Occidente desprendido de la tutela rusa, pero no de la amistad rusa.

Mientras tanto, los verdaderos problemas son aquellos que no enfrentan en casa. No es la Rusia Soviética la que está en juicio, sino todos los que creemos que los hombres pueden orientar sus propios destinos. Cada uno de nosotros tiene que ser un testigo, y declarar.

Estos jóvenes... decorativos

Si los que ejemplarizan con el «qué se me da a mí» pudieran ser observados de cerca por los contemporáneos que les envidian sus llamadas «posiciones políticas», se acabaría la admiración. La vida privada de estos hombres jóvenes que utilizan los burdos mandones para «decorar» sus antecámaras, es una tristeza. Se sienten despreciados, vejados. Viven a fuerza de devociones abyectas, de concesiones, de pequeños ultrajes domésticos. Y cuando uno les ha contemplado solicitando, mendigando, con la cara toda humilde y los labios temblones y las manos que no hallan qué hacer de ellas, y les mira luego desembarcar en Brooklyn o en el Havre, de sobretodo y guantes, muy afeitados, muy enmaletados, muy importantes, con un cargo «diplomático» o una pequeña misión de espionaje, la compasión más desolada se abre espacio en el alma... Estos hombres, estos jóvenes, ¿qué se imaginan? El mundo entero acoge hoy a los funcionarios de Gómez, y acogía ayer a los de Castro, con una sonrisa exquisita, es cierto, pero con una sonrisa que lleva en el cerebro de quien la ofrece esta interrogación: ¿Qué clase de pillo o de infeliz será éste?

Algunas veces una residencia de poco tiempo da la respuesta. En otras, cuando le piden a uno referencias, tiene que hacer un esfuerzo para no reírse.

(De José Rafael Pocater, en el Cap. III del tomo I de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Caracas. 1937.)

«In Angello Cum Libello». - Kempis

En un rinconcito con un librito...,
un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE - DELICIOSO - SIN IGUAL

Fábrica Nacional de Licores

San José, Costa Rica

Cómo se vive en la España franquista

Los "enterramientos" de la Cartuja

Por ANTONIO RUIZ VILAPLANA

— Del libro *Doy fe...* Un año de actuación en la España nacionalista. París, 1937 —

Acaba de aparecer en París un libro de veras imponente. Su autor, don Antonio Ruiz Vilaplana, ofrece en él, sin artificios ni resabios intelectualistas, su experiencia de un año vivido en el Burgos fascista de ahora. La personalidad del señor Ruiz Vilaplana es de veras respetable. Es Oficial Letrado del Tribunal de Cuentas de la República, y Presidente del Ilustre Colegio de Secretarios Judiciales de España. La circunstancia de haber sido, desde el inicio de la rebelión facciosa hasta hace tres meses, Secretario del Juzgado de Instrucción de Burgos, da a su dicho autoridad y confianza. Ruiz Vilaplana es católico y nada izquierdista en ideología política, pero hombre de gran honestidad, no pudo resistir el diario horror del desgobernado faccioso y, en cuanto pudo, dejó la zona fascista. Ha querido ahora decir con sencillez y verdad lo que presenció en un año para él de horrible pesadilla. El REPERTORIO AMERICANO publicará los más importantes capítulos del libro de R. V. para que todos queden enterados del «orden» que quieren imponer los «salvadores» y «reconquistadores» de la «España grande y única».

En un altozano, a tres kilómetros de Burgos, dominando la ciudad y su vega extensa, se eleva la Cartuja de Miraflores, monumento bellísimo de estilo irreprochable.

Ciertamente el ambiente es acogedor; retirada de la ciudad, en aislamiento completo, su figura esbelta destaca en la aridez de la tierra castellana. Traspuesta su entrada, aparece a la derecha un jardín tranquilo, cuidadosamente atendido; en su centro una fuente rústica salmodia el rito del agua. Por sus senderos, que hablan de pisadas silenciosas y monacales, transita algún cartujo.

Separado por un muro, al otro lado del jardín, un pequeño e impresionante cementerio, salpicado de cruces sencillas, tiene como fondo la huerta grande, espléndida, y en horizonte, ya más lejano, un tupido bosque cuya linde o término no llega a divisarse.

En su parte de poniente, el caserón vetusto, de largos y blancos corredores, y en el centro de ellos donde convergen, el cuadro de distribución de horas y trabajo para los hermanos. Con ello se evita toda palabra innecesaria. A la izquierda, la capilla íntima, y adjunta, la oficial, con su valiosísimo retablo, la estatua de San Bruno, fundador de la Orden, y el inigualable sepulcro de los padres de la reina católica Isabel.

Impresionado del ascetismo, de la verdadera religiosidad que emanaba de aquel ambiente, visité varias veces la Cartuja. El padre Prior, un sabio prestigioso, se hallaba enfermo de cuidado, y como yo mostrara interés en visitarle, me acogió cariñosamente, hablándome con tranquilidad de su muerte cercana y de su de-

seo de que el «tránsito» le ocurriera en la ciudad de Zaragoza donde nació. Hablaba del tránsito fatal como si se tratara de un traslado en un destino o empleo. No volví a verle más, y posteriormente he sabido que los padres, cumpliendo su deseo, trasladaron su cadáver a Zaragoza.

Desde que tomé posesión de mi cargo en Burgos acudía frecuentemente a oír misa en la Cartuja. En la capilla, pequeña e íntima, sin joyas ni vestiduras valiosas, el Sacrificio, distinto en rito a los de la iglesia romana, por privilegio de la Orden, tenía para mí un encanto especial. Al despuntar la mañana, oficiaba el padre a quien por turno le correspondía, sin personas extrañas, ante la Orden solamente, los jardineros, algún guarda de la finca y yo. ¡Cuán distinta esta misa sencilla de las falsas exhibiciones domingueras de la ciudad!

Después, paseaba frecuentemente por el jardín con el padre Procurador, que tiene a su cargo la administración de la comunidad. Era un hombre simpático, llano y de conversación interesante. Yo le expresaba mis ideas liberales y democráticas aunque moderadas, en abierta contradicción con las costumbres hipócritas y el pensamiento oscuro de Burgos, y él me atendía afablemente.

—Yo prefiero—me decía—conversar con personas como usted. No tenga reparo alguno en decirme su pensamiento. Ud. tiene una formación cristiana, deformada por el liberalismo intelectual moderno, pero es usted religioso en el fondo, aunque con abulia y prevención contra los ritos externos. Pero no tiene razón; fijese en su carrera, la Justicia, también



Xochipil y la Virgen de Guadalupe

Talla policromada del escultor Roberto de la Selva

necesita su etiqueta externa, sus fórmulas rituales.

Confiado, yo le expresaba mis dudas, mi malestar en aquella sociedad fanática dominada por los prejuicios y el «qué dirán».

—Le he tomado afecto,—me contestaba—y voy a darle un consejo. Máchese usted de Burgos; no podrá vivir en este clima con su formación espiritual. Podría estar aquí, entre nosotros que le discutiríamos de buena fe y con ánimo leal de convencerle, pero abajo, en la ciudad, sólo hallará obstáculos y enemistades. Vuélvase a Madrid y no pierda este cultivo religioso fomentado en esta cartuja; y cuando se halle en la capital y oiga usted hablar contra la religión en los ateneos y círculos, acuérdesse de nosotros que de verdad la sentimos y practicamos. Por eso se habla de revoluciones, de motines; nada nos preocupa. Varias veces la autoridad, temerosa, ha querido enviar fuerzas a custodiarnos, a protegernos, y siempre hemos contestado lo mismo: *nosotros no necesitamos protección porque no tenemos enemigos, y no tenemos enemigos porque no hemos odiado al pueblo, sino que le hemos comprendido y acogido, y diariamente cientos de pobres encuentran aquí el alimento y el techo que la ciudad les niega. Nada tememos del pueblo.*

Así hablaba el padre Procurador en mayo de 1936. En el mes de julio siguiente ocurrió el alzamiento militar y tardé muchos días en volver por la Cartuja. Las ocupaciones de mi cargo, aumentadas por la situación en la guerra civil desencadenada, me impidieron aquellos tranquilos paseos, y por otra parte, se me hizo ver por alguna autoridad la conveniencia de que acudiera a la misa solemne los domingos, con todo el personal de mi dependencia. Así lo hice, y en la misa de gran afluencia, de exhibición oficial y aparatosa, de ambiente guerrero, rodeado el altar mayor de uniformes y armas evocaba tristemente aquella misa pequeña y callada de la Cartuja.

La voz del sacerdote en el púlpito hablaba de guerra y odios; en la Elevación, la marcha real patriótica y chirriante, las bayonetas caladas en el sagrado recinto, todo ello me producía pena y repugnancia.

Un día, el 20 de agosto siguiente, volví a la Cartuja, pero volví con carácter oficial, con el Juzgado en pleno y para una actuación siniestra que jamás se borrará de mi memoria.

A primera hora de la mañana, y como ocurría casi to-

(Pasa a la página 315)

Poesías

Por JESUS ZAVALA

= Envío del autor. México, D. F., octubre de 1937 =

Sonido 13

A Julián Carrillo

Hay rumores de besos en las frondas
y cuchicheos de aves en los nidos.
Bajo el áureo dosel de los fornidos
árboles, la sonrisa de las ondas
despliega sus concéntricos latidos.

Vuelca el sol la cascada de sus lampos
en la copa de oro del paisaje.
Ceres se ciñe el sideral encaje.
En el suntuoso alcázar de los campos,
mece sus abanicos el ramaje.

Horada el aire tenue el tremulento
humo de las cabañas. Sus espiras
dilúyense en el blondo firmamento.
Tañe el campo la orquesta de sus liras
y en su cordaje se estremece el viento.

Las montañas se yerguen majestuosas
y su penacho azul arde en la flama
canicular del día. El panorama
se viste con la sangre de las rosas,
de las rosas de oro milagrosas...

El instante cruel

Ciudad de mis mayores,
yo te amo
por melancólica y por triste.
En tus jardines florecieron
las rosas exquisitas,
frágiles y aromadas,
de mis amores primigenios.

En la fuente ideal de tu armonía
recóndita,
bebí toda la ciencia
de mi espíritu insomne,
apuré la belleza
y al autoinspeccionarme
descubrí mi tesoro:
el amor que en mí alienta
y el soplo de la flama
de la vivificante poesía.

Ciudad que tanto añoro,
desde la línea gris del horizonte
que separa el recuerdo del olvido,
escucho las sonoras carcajadas
de tus bronceos,
que ríen jubilosos con la gracia
de tus bellas mujeres.

Y en esta hora cruel,



Jesús Zavala

(1937)

en que todo se impregna de misterio,
la flor de la ternura en mí se enciende.

La tarde expira. Siento
caer la noche sobre mis espaldas.
Y anhelando estrechar tu pecho mórbido
y adormirme en tus brazos
como el pequeñuelo
en el regazo maternal,
camino sonambúlicamente,
con los ojos vendados,
hacia ti...

Momento musical

A Armando Godoy, en París

Era bella, divina, como sierpe encantada.
Era suave, ardorosa, como rayo de sol.
Bajo el palio armonioso de la fresca enramada,
escuchaba las voces del genial caracol.

Era dulce, apacible, como rayo de luna.
Era tenue, fragante, como rosa de luz.
En la grácil sonrisa de la clara laguna,
era nívea magnolia, rara perla de Ormuz.

Era tierna, amorosa, como una melodía.
Era pura, celeste, como la poesía.
Encarnaban en ella la línea y el color.

Bajo las negras alas de sus ojos de ensueño,
cintilaba el diamante de su rutilo sueño.
Era el ritmo, la gracia, la vida y el amor.

Una voz clara y dulce...

A Gabriela Mistral

Una voz clara y dulce conturbó mis sentidos.
¿Era voz de sirena o era arrullo de mar?
La canción de la vida se posó en mis oídos.
Y no supe de dónde provenía el cantar.

Y vagué... vagué insomne por los huertos floridos,
ascendí a las montañas, me extravié en el pinar...
Y eran vanos, inútiles, mis pasos doloridos...
¡Ignoraba de dónde provenía el cantar!

Presa de la inquietud, interrogué a los vientos,
interrogué a las aves... Mis torvos pensamientos
urdían la madeja de extraño razonar...

Y cuando ya mi cuerpo se rindió a la fatiga,
sentí que de mi alma brotó la voz amiga
¡y me puse, extasiado, la canción a escuchar!

Soy como un árbol joven...

Alejado del ruido mundanal soy dichoso.
Me acarician las manos de una casta mujer.
La inefable sonrisa y el ademán gracioso
de una robusta infanta llenan todo mi sér.

A su vera, cercado de libros y de calma,
siento correr las horas con dulce beatitud.
¡La paz de mi familia es la paz de mi alma!
¡En mi espíritu alienta la noble juventud!

Soy como un árbol joven a orillas del sendero
que brinda generoso sus sombras al romero
y su ramaje al lírico trinar del ruiseñor.

Con los ojos abiertos, escrutando la altura,
mi alma se desborda en ríos de ventura,
herida por un rayo de sideral amor.

Nearon en la plaza de toros...

A Eduardo Barríos, en Santiago de Chile

Nearon en la plaza de toros los pañuelos.
En los amplios tendidos florecieron los nardos
y el sol la coruscante mantilla de sus dardos
prendió a la mexicana cabeza de los cielos.

Músicas, dianas, palmas... Olés, bravos, ¡la oreja!
En el centro del ruedo sonrió alegre el espada,
al desgarrar el aire la triunfal clarinada,
¡La plaza era una copa de alegría bermeja!

En los palcos de honor florecían los rojos
claveles de las reinas que, plenas de sonrojos,
regalaron al héroe con su mejor sonrisa.

Y al posar el torero sus miradas en una
de las damas, vibró como rayo de luna
en un claro de selva, en mitad de la liza.



Pilando café

Talla policromada del escultor Roberto de la Selva

Desgarrando al desgaire...

Desgarrando al desgaire los negros nubarrones,
la luna, casquivana, asoma su segur.
Simula una cascada de luz. Y los airones
grumosos se diluyen en los campos de azur.

Aires provocativos agitan las melenas
de los frondosos árboles que pueblan el jardín.
El cielo es una era sembrada de azucenas.
Aspírase el aroma del nardo y el jazmín.

En la roja ventana de un vetusto edificio
que se alza tenebroso, cual procáz maleficio,
recorta su silueta un gato original.

Y en la calle desierta, silenciosa y moruna,
orlada por los albos fulgores de la luna,
dormita el displicente guardián municipal.

Déjame que te admire...

Déjame que te admire en el lejano
fulgor de las estrellas, que te aspire
en la suave fragancia del manzano
y que, como el naciente sol, te mire.

Yo no sé dónde estás, pero te siento
cerca de mí como un leve suspiro
que rozando al pasar mi pensamiento,
enclávase en mi frente cual vampiro.

Y así, llena de ti, mi alma entera
se transforma en florida sementera
pletórica de ramos y de flores,

que tu amor es mi amor... Y el sortilegio
de tu memoria, el grato y dulce arpegio
del agua que fecunda mis alcores.

Sor Teresa de Jesús.

*Alma, porque eres toda amor,
porque tu misma esencia es Él...*
L. R. V.

Alma, porque eres toda amor,
porque tu misma esencia es Él,
porque en el goce y el dolor
le eres eternamente fiel;

porque tu espíritu infantil
abre sus ojos a la luz
y da sus rosas como abril
y las ofrenda al buen Jesús;

porque en los parques del Edén
eres la abeja y el panal,
y en los senderos almo bien,
lirica fuente de cristal;

porque doquiera con tu amor
siegas la eterna cicatriz
de los humanos, la haces flor,
y humilde inclinas la cerviz;

porque eres flor de santidad,
—rayo de amor, rayo de luz—
porque eres sólo caridad,
eres Teresa de Jesús.

Los "enterramientos"...

(Viene de la página 312)

dos los días, fué requerido el Juzgado de instrucción para levantar un cadáver. Uno más, de los muchos caídos en aquellos días sangrientos; pero el sitio donde apareció nos causó gran extrañeza: en la Cartuja.

Con el corazón lleno de angustia, pisé de nuevo el jardín del monasterio. En él, el padre Procurador nos esperaba cordialmente. Tuvo, en particular para mí, una afectuosa acogida, quizá excesiva, pero que yo agradecí y valoré sinceramente. Mis ideas liberales, en aquellos días de pasión clerical frenética, aún en su moderación, podían serme fatales, y aquella posibilidad era percibida por el buen cartujo.

—Nos han avisado, Padre, de que hay aquí un cadáver,—dijo el juez.

—Efectivamente—respondió aquél—, pero no aquí sino en el bosque. Hacia él dirigimos todos nuestros pasos, y conducidos por el guarda, llegamos a una parte en que el muro, completamente derruido, permitía el libre acceso al interior. Allí, en una pequeña explanada, nos señalaron el sitio donde apareció sepultado. La tierra, ligeramente removida, descubrió un cuerpo exánime.

No se me olvidará nunca aquel cuadro. He levantado en mi profesión cientos de cadáveres, en accidentes de todas clases: destrozados por el tren, mutilados por una máquina, ahogados, acuchillados, pero en ninguna ocasión me he impresionado tan fuertemente como en esta exhumación realizada en el fondo sombrío del bosque cartujano.

Trabajosamente, fué sacado de la fosa el cadáver. Enterrado desde hacía algunos días, un hedor insoportable, sospechoso para ser producido sólo

por uno, hacía irrespirable la atmósfera.

Cubierto el descompuesto rostro por un pañuelo ensangrentado y con las ropas de un tinte terroso y sucio, aquel cuerpo desenterrado, parecía en mueca trágica dirigirse a nosotros en demanda de justicia... Cubrían los pies unas negras botas de paño que facilitaron después su identificación.

El médico forense, un viejecito bonachón y abnegado, lo examinó formulariamente. No ofrecía interés alguno; había sido, como todos, acribillado a balazos, y ostentaba también los vestigios de los consabidos tiros de gracia.

Consternados, presenciábamos el traslado de aquellos despojos, cuando la voz indiscreta de un guardia, resonó bruscamente:

—¡Hay más! ¡Hay más! Allí se ve otra mano...—Y señalaba nerviosamente un lado de la fosa abierta.

—¡No!—exclamó alguien autoritariamente—. Aquí no se ven más.

—Hemos venido llamados solamente para un cadáver—ayudó otro.

Todos los presentes asintieron. El guarda, terco, torpe, insistía, pero pronto un compañero más listo, de un empujón, le obligó a callar.

—Arreglad esto bien—dijo este segundo guarda;—cubridlo todo con piedras, apisonando, no sea que algún perro escarbe.

Y guiñó maliciosamente el ojo a su compañero.

Presenciamos la operación de cubrir la fosa abierta, y terminado el trabajo nos alejamos lentamente.

Acompañados del padre Procurador, que caminaba consternado a nuestro lado, el juez y yo, separándonos del grupo, le interrogamos nerviosamente.

—Era el capitán Ojeda—nos dijo aquél—, persona muy conocida en Burgos. Los demás, no sé.

Y en un rincón del huerto, junto al pequeño cementerio, el cartujo, con acento de dolor y de indignación, nos refirió la historia:

Hacia ya algunas noches llegaron varios hombres armados a la cartuja; conducían unos cuantos presos; sin llamar en la puerta dieron la vuelta por el jardín y por el muro derruido se internaron en el bosque. El jefe de la patrulla explicó al padre de turno lo ocurrido. Se trataba de una gente peligrosa, izquierdista y atea. El jefe creía con esta acusación captarse la simpatía del cartujo. Venía a que acudiera un padre para recibir confesión a los sentenciados a muerte. El padre no tuvo inconveniente, pero exigió que la petición de confesión partiera voluntariamente de los desgraciados y no asistir él a la ejecución.

El primero que cayó fué el capitán Ojeda. Era un oficial de reserva y que pertenecía a un partido de izquierdas como simple afiliado. A presencia de todos ellos se cavó la fosa y se les hizo saber que podían confesar. Alguno accedió, pero el capitán se negó resueltamente. —Si confiesas con este padre—le dijeron—te perdonamos la vida.

El capitán tuvo un instante de vacilación, pero entonces el cartujo exigió que se cumpliera la promesa en caso de acceder aquél. Como el jefe le dijera que no lo cumplirían sino que lo hacían para engañar al capitán, el cartujo se negó a aquella farsa.

Antes de morir, el capitán Ojeda se despidió de sus compañeros con entereza. Colocado ante la fosa y con la patrulla delante, tuvo un movimiento instintivo de horror y se tapó la cara con el pañuelo, no a modo de venda sino como sudario. Pensó sin duda que

iba a ser enterrado y en un detalle macabro marcó su gesto de repugnancia.

Así fueron ejecutados los restantes. Unos se desmayaban, otros abatidos pedían una inútil piedad a sus verdugos.

El padre Procurador, al enterarse, advirtió que no toleraría más ejecuciones en aquel recinto. Se le hizo entonces saber que se respetaría el lugar acotado, pero que tendrían que soportarlos en los alrededores, pues era un lugar estratégico admirable y de gran efecto en los sentenciados.

El juez y yo regresamos apesadumbrados y en el sumario abierto aquel día hay un título anodino y vulgar, pero cuya verdad e importancia algún día habrá de descubrirse: «Hallazgo de un cadáver desconocido en la Quinta de Miraflores».

Dos semanas después, una muchacha de diecisiete años y una anciana, vestidas de luto, comparecían en el juzgado a iniciar el expediente de «desaparición» de su padre y yerno respectivamente (expediente que se tramitó como otros muchos, con arreglo a un decreto y un procedimiento especial implantados en vista de la cantidad de desapariciones habidas).

Aquella muchachita era la hija del capitán Ojeda...

A partir de aquel día, la Cartuja adquirió, por los enterramientos efectuados en sus cercanías, un prestigio siniestro. La gente mira con horror aquel sitio y ha hecho extensivo su odio a los padres allí residentes. Yo, que conozco su inocencia y su pensamiento, no puedo menos de comprender que alguien designó aquel sitio como lugar de terror para que no se hiciera realidad aquella frase del cartujo:

Nosotros no necesitamos protección porque no tenemos enemigos.

Terapéutica y Medicina

Por ROBERT L. LEVY

(Profesor de la Columbia University)

= Trad. y envío de *e. g.*—Boston, 7 de agosto de 1937. De *The Journal of the American Medical Association*, número de julio 30 de 1937. =

En el médico han recaído varias pesadas responsabilidades. Como discípulo de Esculapio, su principal misión es la de socorrer a los enfermos. Además, se espera de él que investigue las enfermedades, que imagine métodos para su profilaxis y tratamiento, y que enseñe a una nueva generación sus conocimientos. En su más amplio sentido, pues, la medicina abarca muchos campos de actividad.

El salvaje consideraba la enfermedad como producida por malos espíritus, y el arte de tratar estaba en manos del curandero, quien oficiaba como sacerdote y mago en virtud de poderes especiales sólo a él conferidos. La experiencia pronto desarrolló en ciertas personas talentos especiales, usados como medio de subsistencia, para la administración de plantas, el arreglo de huesos y rudimentos de cirugía. La observación entre la causa y el efecto, al comienzo casual pero luego intencionada, formó progresivamente un núcleo creciente de útil información. Y así iniciada en el deseo de preservación y liberación del mal, basada al principio en superstición y empirismo, la medicina se convirtió en un arte y en una ciencia.

Hay los que quisieran separar el arte de la ciencia en medicina, asignando al médico practicante el cuidado del enfermo y al investigador la tarea de extender los límites del conocimiento. Los que sostienen este punto de vista, mantienen que la práctica es grandemente empírica, mientras que la ciencia, en su sentido estricto, es exacta, como producto del método experimental. Pero como lo dice Claude Bernard, «fundamentalmente todas las ciencias comenzaron en empirismo, es decir, la experiencia sacada de la observación o de la suerte tenía que formar el primer período». Como el reino nebuloso de la especulación es usurpado progresivamente por una masa creciente de hechos, el concepto de cualquier disciplina se define más. A la luz del entendimiento humano, la verdad científica no es fija; la doctrina del día debe ser modificada o descartada como resultado de la experiencia de mañana.

En el dominio de las complejas ciencias biológicas, la incapacidad de controlar el gran número de variables en una serie dada de experimentos hace a menudo la expresión de resultados extremadamente difícil. El progreso en el estudio de los fenómenos de la enfermedad necesariamente ha sido lento. La metodología que haría posible un modo de ataque ha comenzado a desarrollarse relativamente en años recientes. Ahora se ha vuelto posible estudiar en su detalle muchos de los problemas de la enfermedad al lado del lecho del enfermo, en vez de hacerlo en los animales de laboratorio. La técnica es semejante a la emplea-

da en el estudio de otras ciencias, es decir, la inducción basada en la observación, hipótesis y experimento.

Al médico practicante se le mira generalmente como el exponente del arte de la medicina. Se nos dice que es su función, primeramente, el aplicar en el tratamiento de sus enfermos las medidas estimadas útiles por sus más científicos hermanos. Se espera que en el diagnóstico y el tratamiento el practicante muestre especial habilidad. En esta concepción se implica que a causa de varios atributos de corazón y de espíritu, ciertas personas están particularmente calificadas para cuidar del enfermo. La idea es a lo menos tan vieja como Hipócrates, quien aconsejaba al estudiante con estas palabras: «El que va a adquirir verdaderamente un conocimiento de la medicina debe gozar de habilidad natural, enseñanza, un lugar adecuado, instrucción desde la niñez, diligencia y tiempo. Ahora antes que todo la habilidad natural es necesaria, pues si la naturaleza está en oposición, todo es vano». Hoy un médico dotado de tal habilidad natural se le caracteriza como «un buen clínico».

Pero me parece que no se puede separar el arte de la ciencia, y que al arte en el sentido de la habilidad en la aplicación no debe dársele consideración especial en relación con la medicina. Como Swift lo ha escrito: «ningún artista puede ser eminente sin conocer los fundamentos de su arte. Los fundamentos de la medicina residen en la ciencia de la

medicina». En cualquier campo del esfuerzo ciertos atributos inherentes al individuo son los determinantes del éxito o del fracaso. Herencia, instrucción y oportunidades sin duda juegan un papel importante. Pero hay la suma total del hombre en su conjunto que modela su carrera. Las cualidades interesadas desafían una definición precisa. ¿Qué chispa interna inspiró al aventajado Leonardo a sobresalir en la pintura, escultura, arquitectura, ingeniería y filosofía natural? En la opinión de aquellos más aptos para juzgar, mostró más posesión de los principios de la ciencia experimental que Bacon, quien cien años después estaba fortificado por un rango más ancho de experimentos efectivos y de observación. ¿Por qué le tocó en suerte a Harvey descubrir la circulación de la sangre? ¿Qué hizo posible a Pasteur el obtener respuestas a casi todos los problemas que se fijó a sí mismo resolver? En la ciencia, en arte, en la música, en los negocios y en la vida pública reconocemos toda clase de ejecuciones. A su esfera particular cada hombre aporta una combinación de características—mentales, físicas, emocionales y sociales—que ayuda a determinar la medida de sus alcances. Es la asociación de estas cualidades personales en un ser humano lo que le permite expresar el «arte» en su trabajo. Una ciencia después de todo se edifica por la suma de realizaciones de muchos individuos. Hay arte en medicina, pero es un componente fundamental de la ciencia médica, ya concierna con la investigación o con el cuidado del enfermo.

Ya se ha dicho que la medicina tuvo sus comienzos en el deseo del hombre de aliviar los sufrimientos de sus semejantes afligidos con una enfermedad. La terapéutica, pues, puede ser considerada como el fundamento en que reposa la superestructura de la ciencia médica. Ciertamente, la terapéutica es parte integrante de la medicina y cualquier proyecto que trate de divorciarlas retarda el desarrollo de ambas.

El aspecto terapéutico de la medicina enfoca todos los procedimientos que pueden modificar el curso natural de la enfermedad. Estos se llevan a cabo con un fin de alivio o de curación. Pero a menudo el estudio de sus efectos ilumina los fenómenos de la enfermedad misma. La investigación en terapéutica es evidentemente esencial para el progreso, y las reglas para su conducta son iguales a las aplicadas a otros problemas científicos. Es particularmente necesaria en terapéutica la experimentación comparativa con el fin de establecer fuera de duda la relación entre causa y efecto. Cuando un conocimiento imperfecto prevalece todavía, el empirismo en la práctica es permitido. Pero debe ser sancionado únicamente hasta que la experiencia científica lo justifique o lo condene. ¡Cuán a menudo un conocimiento basado en hechos ha conducido a descartar remedios que generaciones de nuestros abuelos, con la suficiencia de la ignorancia, habían mirado como indispensables!

No sólo el método de investigación terapéutica, mas el caso individual, debe ser considerado a la luz del experimento

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada.

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito.

La Sección de Ahorros

DEL

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice ese sano propósito:

AHORRAR

científico. Cada enfermo presenta un problema diferente al de cualquier otro paciente en razón de las idiosincrasias individuales inherentes a los organismos vivientes. Por consiguiente, es algunas veces necesario seguir el método de ensayo y error. Pero de algo debe estar siempre convencido el médico, a saber, que el remedio ensayado no es peligroso. El deseo de ayudar inspira la acción. Sin embargo no infrecuentemente la terapéutica mal dirigida, aunque bien intencionada, causa más daño del que resultaría de la no intervención en el plan natural de reparación.

En el manejo de seres humanos, las relaciones personales deben inevitablemente jugar un papel prominente. Conciencia de la parte del enfermo que su médico está en posesión completa de los principios de su profesión, favorece el desarrollo de un estado mental receptivo y cooperativo. Pero esto no es todo. Las cualidades que entran en la formación de la personalidad, muchas de ellas sólo remotamente relacionadas con la adquisición científica, a menudo ejercen una influencia dominante. Es la combinación de intelecto y carácter la que define al artista terapéutico.

Siempre se ha hablado mucho sobre el valor de la experiencia. La experiencia

médica no consiste sólo en hacer las cosas muchas veces o en ver un gran número de enfermos. Pues uno puede ver sin percibir y observar con una mente que no entiende. La experiencia representa el resultado de atenta reflexión en los fenómenos observados y en sacar conclusiones válidas de ellos por el método deductivo. Esa experiencia se acumula con

Y en verdad que se hizo notable daño a la ciudad dejando que adquiriera Cleón tanto crédito y poder, con el que, tomando nuevo arrojo y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó a la república, de los que no le cupo a Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se golpeó los muslos e introdujo el dar carreras estando hablando; con lo que engendró en los que después de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad; causa principalísima del trastorno y confusión que de allí a poco sobrevino a la república.

De Plutarco en la vida de Nicias. Tomo VI de las *Vidas paralelas*. Edic. de Espasa Calpe, Madrid, 1920).

la propuesta coordinación de nuestras propias observaciones y justa consideración del trabajo de otros. Un buen médico es aquel que puede aplicar en el caso individual, en el diagnóstico y tratamiento el conocimiento y juicio que ha adquirido. Y cuando puede predecir con un grado razonable de exactitud el curso de una serie de sucesos relacionados como lo constituye el *récord* de la enfermedad, entonces se acerca más al ideal de la meta científica.

En sus *Lecciones sobre las enfermedades del corazón*, publicadas por Latham en 1845, aparece este párrafo que resume admirablemente el credo del practicante:

«La Medicina es una extraña mezcla de especulación y de acción. Tenemos que cultivar una ciencia y ejercer un arte. Las llamadas de la ciencia se acuerdan a nuestra comodidad y elección; las llamadas de la práctica son de emergencia diaria y necesidad. La ciencia puede contribuir a la práctica mucho o poco. Pero sea que la ciencia nos ayude o nos falte, ya sea su medio suficiente o defectuoso, todavía debemos actuar. Estamos destinados al empeño constante de hacer lo mejor que podamos, ya sea sobre un saber perfecto o imperfecto».

El Ecuador nos honra y nos alienta

GRUPO AMÉRICA
QUITO, ECUADOR, S. A.
CASILLA 75

Noviembre 12 de 1937.

Señor don
Joaquín García Monge,
Director de REPERTORIO AMERICANO
San José, Costa Rica.

Muy apreciado don Joaquín:

Solamente hoy, por motivos que nos fué grato participarle anteriormente, la Cancillería de nuestro país acaba de franquear para Ud. la condecoración ofrecida por el Gobierno con ocasión de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, que se celebró en esta ciudad, en agosto de 1935, a iniciativa del GRUPO AMÉRICA, en reconocimiento oficial de sus grandes merecimientos.

No es mucho, dilecto amigo, que un Gobierno comprensivo como el nuestro, haya querido estimular, aunque en modesta forma, al hombre que durante muchísimos años viene, con entereza de ánimo y profunda convicción hispanoamericanista, defendiendo, desde su patria, los intereses de la libertad, de la democracia, de la cultura de los pueblos a los cuales une una misma tradición de lengua y de sangre.

Su claro y grande apostolado, digno de los mejores valores humanos y continentales, probado en una lucha viril, con la vida ejemplar de REPERTORIO AMERICANO, el periódico de las defensas libertarias, ha esculpido en la realidad intelectual de América su recia figura de luchador. Así lo han reconocido todas las democracias y sus representaciones intelectuales de nuestras naciones, a las cuales usted sirve sincera y denodadamente.

Esta actitud suya y de REPERTORIO AMERICANO, que es su fiel imagen, confirmada está últimamente con la espontánea defensa en que se halla empeñado por el triunfo justísimo de la causa leal española. Su alma de hispanoamericano auténtico no ha necesitado, para ello, vacilar un momento. Ha vibrado—como toda el alma junta de esta América nuestra, concreción de España—emocionada por la causa del Gobierno legítimo español, defensora de un nuevo credo de justicia humana, que halla eco aun en el más apartado rincón del mundo. Y, esto, precisamente, es una prueba más del profundo sentido que destaca mejor su apostolado. Aquí se ha puesto claramente de relieve su mentalidad, es decir, de americano de España y español de América. Porque eso somos los de aquí, y eso, también, los de allá, pues por algo ha interpretado nuestro parentesco, así, Juan Larrea: «aunque enclavada en el antiguo continente, la vida de España es pura propiedad del nuevo mundo, hasta poder afirmarse que América empieza en los Pirineos», y España, agregamos nosotros, aquí, en el corazón de los Andes.

Llegue hasta usted, don Joaquín, el testimonio de nuestro viejo afecto, renovado siempre; llegue, también, la voz de nuestro aplauso por la lucha que libra para afirmar la grandeza de un alto ideal humano, que por igual afecta a América y España, y, con ellas, a todas las naciones del mundo que trabajan por su libertad.

De usted, atentamente,

Isaac J. Barrera	Luis Bossano	Oscar Efrén Reyes
Juan Pablo Muñoz S.		Augusto Arias
Antonio Montalvo	Ignacio Lasso	Alfredo Martínez
Luis F. Torres	José de la Cuadra	Hugo Moncayo

En busca de lo sefardí

(Viene de la pág. 308)

La lección de mi anécdota es clara. Habrá que entender que siendo los azque-nasitas la mayoría de los judíos en los Estados Unidos, serán ellos los que nos van a absorber y englutir.

El vino español tenía un sabor involu-dablemente pastoso. A sorbicos bebía-mos este vino de reyes y príncipes. Ahora ya se veía mucha gente. En el salón con su *bar* los convidados empeza-ban la fiesta tomando los convencionales *cocktails*. Esta nueva invención alcohólica es el poder mágico con que se sacude al cuerpo estimulando la alegría. Como todo lo americano debe hacerse por me-canismo, el *cocktail* es el instrumento que enciende al cuerpo echándolo en un mar de gozo palpitante. Lejos estamos, por lo visto, de aquellas bodas hispano-levantinas que se celebraban con bebidas dulzonas. Aquí se bebe el misterioso *cocktail* que obliga al convidado a sen-tirse fuera de sí...

En el salón-bar con sus convenciona-les *cocktails*, se veía una mesa cargada abundantemente de *huevos jaminados* (hue-vos duros), blancos y dorados. Queso blanco, queso de buracos (huecos) en re-banadas delgaditas, empanadas de espi-nacas y queso, caviar derretido: esos eran algunos de los ofrecidos manjares. Estos pocos productos de la cocina sefardí eran lo que recordaba a los que estaban pre-sentes, a despecho de tener lugar en un hotel de carácter impersonal (en un lu-gar destinado a las fiestas de toda la pe-queña burguesía), que la fiesta que nos alegraba era de una gente especial, te-niendo a su crédito una larga e ilustre tradición. Casi todo lo substancioso de la tradición había desaparecido; tan sólo unos pobres productos de comer sobre-vivían todavía. Se nos despertaban las vie-jas memorias cuando comíamos también higos frescos llenos de dulzura de miel.

Parecían protestar silenciosamente las características de la tradición por no for-mar parte de la fiesta. Los judíos que estábamos allí, procedentes de varias ciu-dades y de diferentes países, algunos na-cidos aquí y otros en Europa, sefarditas y azque-nasitas, nos permitíamos el pre-privilegio de santificar un par de almas ju-días sin las bendiciones de la Biblia. Ningún representante de la religión es-taba con nosotros. El folklore peninsu-lar de mil años no hizo su contribución. ¿Dónde estaban aquellas cantigas de bo-da? ¿Porqué no oíamos cantar los *zejeles* andaluces y los romances castellanos? ¿Y las ropas bordadas de oro y los tapetes orientales, qué se hicieron de ellos? Todo esto ya pertenece a un lejano pasado. ¿Hemos sentido vergüenza y desdén por lo que tenemos más dentro del túetano? Pero dígame lo que se quiera, lo viejo y venerable ya no contaba más. Nuevas ge-neraciones, un nuevo clima y una nueva raza en formación eran los factores irre-sistibles de la cultura norteamericana.

La muchedumbre de los convidados crecía, subía el calor de la alegría. Al *cocktail* se juntó la droga de la música

americana, llena de unos ritmos africa-nos y sensuales. Besos y abrazos, cuerpo con cuerpo y el baile emborrachaba más y más. Pasamos unas horas de esta ex-citación. El tiempo llegó de sentarse a unas mesas donde se nos sirvió de co-mer y se nos dió de beber champaña. El ineludible fotógrafo retrató a la gente celebrando el banquete. Al haber termi-nado de comer, oímos la melodía de unas canciones. Un mancebo sefardí, que en-tre el público general es conocido bajo el nombre Jackie Allen, cantó dos cancio-nes norteamericanas, dos cantigas de un són triste en busca de un deseo fuerte. La canción americana tiene mucho de

César Arroyo

= De la revista *Vida de hoy*, Buenos Aires.
La dirige Manuel Ugarte =

Motivo de profundo pesar ha sido leer en REPERTORIO AMERICANO de Costa Rica, que nuestro compañero de letras había muerto. Fué preci-samente en la publicación antes alu-dida en donde él solía salir a la palestra para defender los valores e ideales de los pueblos de esta parte del mundo. Allí se ocupó con ver-dadero entusiasmo de algunos de nuestros escritores más encariñados con lo que ellos han supuesto que es esencia de nuestro pueblo: tales Gabriela Mistral, nuestro propio Di-rector y Vasconcelos, el publicista mexicano.

Arroyo era uno de esos pintores-cos hombres de pluma que antes solían mandar (es decir los llevaba en gana) a París. Era del Ecuador, pero pudo haber sido de cualquier parte en este continente. Quizás fue-se más conocido fuera que dentro del propio Ecuador, con serlo mu-cho en su tierra natal. En general el escritor continental que va a Pa-rís, puede difundir un nombre más fácilmente que laborando en nues-tros ambientes (tan cercanos y tan distintos unos de otros en la Amé-rica Latina). Arroyo fué Cónsul de su patria en Marsella, Cádiz y Méxi-co; escribió mucho sobre la litera-tura de su país. Hizo obra útil co-mo Cónsul y como hombre de letras. Por nuestro Director guardó especial estima que en estas líneas le retri-buimos; pero otro valor también tie-nen ellas: tributar un homenaje a la obra útil y bella de uno de los in-telectuales que más hondamente han sentido y querido a nuestra América.

africano. No puedes tener todo era una de las canciones, y la otra se titulaba: *Centavos del cielo*. El buen psicólogo podría ahondar en el alma que se está formando en este país, analizando el tono y el significado de estas canciones. Una joven israelita cantó ¡*Buenas noches, amor mío!*, también en inglés.

Lo más curioso del programa musical resultó lo que cantó un amigo mío: hom-bre popular, alegre, bonachón. Primero cantó una canción cubana:

*Por el mundo voy buscando
la de los claveles dobles,
la del vestido de seda,
y el pañuelo de crespón.*

Los aplausos ensordecedores de aproba-ción le hicieron cantar la única cantiga sefardí de toda la tornaboda:

*Pasé por una casa rica
y vide una muchachica,
de años era muy chica,
y la entré en el amor...*

Salí al balcón de la casica del rasca-cielos. Soplaban un aire fresco y frío. Las torres con sus ventanas a millares alum-braban como panales de miel. La maravilla de las noches neoyorquinas, maravilla de una ciudad de fábula, empapaba todo el ambiente de su magia. A las luces de los edificios se juntaban las estrellas, y allá abajo, en las calles, en el Parque Central, se paseaban unos gusanos de luz que acuchillaban la oscuridad para pasar adelante. La fiesta de tornaboda en el rascacielos de la calle cincuenta y nueve de Manhattan parecía sobrenadar en un mar de hermosuras celestes. Las torres de la nueva Babilonia eran los faros que guiñaban sus promesas oscu-ras. Entre tantas fuerzas y amenazas me dije: ¡qué poco valemos nosotros perdi-dos entre las muchedumbres azquenazi-tas y la eternidad misteriosa!

*

Aljád. —domingo. Los judíos españoles rehusaron llamar al día de reposo cristiano *Domingo*, por haber creído que su nombre implicaba una confesión de fe. Domingo equivale a Señor, o nuestro Señor. *Aljád* es palabra árabe que significa uno. Por lo tanto, aljád es el primer día de la semana.

Sefardí, sefardita. —Estas palabras pueden usarse como adjetivos o sustantivos. Proceden de la palabra *Sefarad* que llegó a tener el significado de España. Los sefardíes o sefarditas son, pues, los judíos de origen español.

Azquenazitas, azquenazies. —En la Edad Media, Alemania era conocida entre los israelitas con el nom-bre bíblico de Azquenaz. A los judíos de origen es-lavo y tudesco, que hoy día forman la mayoría, se les conoce bajo el nombre de azquenazitas o azquenazies.

*En la ciudad de Nueva York
consigue usted este semanario
con G. E. STECHERT & Co.
31-33 East 10th Str.*

El Conde de Cagliostro

Por LORENZO VIVES

= Colaboración. Costa Rica y noviembre de 1937 =

Hay vidas tan complejas, que la crítica imparcial no puede penetrar. Las cualidades y los defectos son en ellas tan en relieve que facilitan el vituperio y la detracción de los enemigos y los encomios hiperbólicos de los adeptos. La de José Balsamo, Conde de Cagliostro, es una de tantas. A los ojos de los sistemáticos, de los críticos ortodoxos y científicos dogmáticos, pasa por un aventurero, un charlatán, un ser sin responsabilidad moral alguna. En cambio, para los criterios abiertos a las aportaciones de la investigación valiente, es un ser extraordinario: casi sobrehumano. Si tenemos presente el ambiente raquíptico del siglo XVIII—algo movido por la influencia de los enciclopedistas—, comprenderemos cómo había de obrar aquél que se apartara de lo estrictamente admitido en el círculo de la religión y la ciencia oficial. Tan cerrada era la censura de la una como la otra. La Inquisición del Santo Oficio era más temible que la de los doctores imperturbables de las facultades, porque sus efectos eran más terribles; pero las sanciones morales de los segundos eran deprimentes y aisladoras. Mesmer, animado de la mejor buena fe, es sacrificado por esa ciencia oficial que sólo admite lo que la buena razón y la experimentación aceptan. ¡Cómo zahería, no ha mucho, el insigne Poincaré, a esta casta de pseudo-científicos; de estos académicos que desde sus respectivas poltronas se obstinan en rechazar todo lo que les es incómodo. Incómodo resultaba, por ejemplo, la rotación de la Tierra, el admitir un elemento colágeno en arterias y venas que reparte por doquier los elementos nutritivos a las células, la existencia de microorganismos productores de enfermedades, el magnetismo animal, etc. Todo lo que venga a traer una alteración en el reino seráfico de la ciencia y la religión—ciencia debería ser, y muy moral, por cierto—, chocará contra la fatalidad y, por qué no decirlo, bastante incapacidad de la ciencia. La teoría del Sol frío, la de un espacio y tiempo relativos, la transmutación de la substancia, la consideración de la mente como centro de vibraciones captables por otra u otras mentes afines, la curación por el espíritu, las propiedades múltiples de las microndas, etcétera, todo es puesto en cuarentena porque la insuficiencia o la abulia privan un análisis razonable. La hidro y helioterapia, el poder absorbente de ciertas tierras radioactivas, la autocrítica, no hace mucho que eran recibidos con mofa por la terapéutica clásica. ¿Cómo había de ver la ciencia setecentista los milagros de los taumaturgos y alquimistas? ¿La transmutación de los metales posible? ¡Dios santo, qué sacrilegio! Ahora, después de lo logrado por Rutherford y otros, y, sobre todo, después de saber de los efectos de ciertas radiaciones ultraveloces, se empieza a comprender que aquellas locuras de los magos de la Edad

Mediason explicables. Nicolás Flanel, Rodolfo II de Alemania, Alberto Magno, Sendivogius, Raimundo Lulio, ya no son los maniáticos que la ignorancia señalaba; son los precursores de Graetz, de Kramers, de Holts, del citado Rutherford. Se limitaba el milagro en Lourdes y en otras basílicas francesas: se negaba la posibilidad de él en ciertos laboratorios. El calvario de Galileo, de Alejandro Sheton, de Franklin, de Pasteur, no ha acabado: aun hoy el dogmatismo niega eficacia a ciertos aportes que se ven obligados a vivir medrosamente, como proscritos temibles.

Cagliostro, ya lo hemos dicho, es ensalzado y vituperado. En la apreciación de su vida no hay términos medios. El «ser o no ser» se cumple en él a ultranza. Pero hay algo que sus propios detractores han de admitir: su poder sobrenatural manifestado varias veces. No aceptan la milagrosa y rara curación del hijo de cierto conde ruso; antes al contrario, lo acusan de suplantador; pero sí reconocen su obra filantrópica a favor de enfermos pobres, desahuciados, que curó a miles, en todas partes, y a los que daba, con la salud, dinero para aliviarlos; aceptan, también, la difícil curación total del príncipe de Soubise, en París, desengañado por todos los galenos que lo habían tratado en su fiebre escarlata; así como la autenticidad de la profecía de la Revolución Francesa con la toma de la Bas-

tilla; pero, en seguida, se vuelven contra él y lo señalan como impostor, hombre sin moral, embaucador y audaz ladrón. Lo cierto es que allí donde va logra el interés de los grandes y los humildes; es buscado, venerado, gana la popularidad en poco tiempo. En Malta es recibido con deferencia por el Gran Maestre de la Orden. En Egipto se inicia en los secretos de la masonería durante mucho tiempo. En la Corte de Catalina II de Rusia, la admiradora y admirada de Voltaire, sobresale como en otras partes; una aventura amorosa entre el favorito real y Lorenza, la mujer del mago, pone fin a sus actuaciones allá. En París atrae a lo más granado de los nobles al intento de reformar la masonería para darle más austeridad. Su sueño máximo era implantar el rito egipcio. Lo más fantástico de su vida fue la cena de la Rue de Saint-Claude. El Cardenal de Rohan fue su más decidido partidario. Galante el príncipe de la Iglesia, anhelaba el amor de María Antonieta. La intrigante Condesa de la Motte lo enredó en el célebre «proceso del Collar», y éste, a Cagliostro. Nueve meses en la Bastilla y la orden de dejar el suelo de Francia fueron las consecuencias de esta amistad. La Ciencia y la Iglesia tenían interés en que desapareciera. En Londres obtiene adhesiones importantes y en Roma se deja atrapar por el Tribunal del Santo Oficio que lo condena a reclusión perpetua en el castillo de San León de Urbino.

Una vida interesante, activa, grande, preñada de misterios inexplicables por los no iniciados, vida que esparce el bien sin límites y que, por finalidades difícil de orientar, deja que el mal haga decaer en una aventura lo que parecía un nuevo mesianismo.

La justicia oculta y el Clero nacionalista español

La justicia funcional anteriormente examinada es la que pudiera denominarse la justicia patente, externa o visible, pues existe otra subterránea, que es la más feroz y tenebrosa.

Se ejerce esta oculta justicia por todas y cada una de las fuerzas que han apoyado el movimiento militar, y su método exclusivamente eliminatorio y represivo se basa en los tópicos de «espíritu de Cuerpo», «represalias colectivas», necesidad de sostén y amparo a los «Institutos armados» y otras frases arteras, manidas por los dirigentes reaccionarios.

El Clero, organizado como Estamento, como colectividad, con una triste idea de que «era su hora llegada», ha ejercido también, en unión de las restantes fuerzas, esta oculta justicia, no abierta o descaradamente, sino por infiltración y presión suasoria en los órganos activos.

(De Antonio Vilaplana, Secretario Judicial de Burgos, en *Doy fe...* Un año de actuación en la España nacionalista. París, 1937).

CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido doctor
Peña Murrieta, que

«presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente».

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscripción Mensual: ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

Exterior:
EL SEMESTRE: \$ 3.00
EL AÑO: \$ 5.00 Oro Am.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

Un expresivo homenaje al Doctor Korn

= De El Argentino. La Plata, octubre 17 de 1937. Envío de M. García =

Se realizó ayer por la tarde en la Facultad de Humanidades, ante numeroso público y un núcleo de profesores, el anunciado homenaje al doctor Alejandro Korn, al cumplirse el primer año de su fallecimiento, acto que auspiciaron el Centro de Estudios Filosóficos de esa casa de estudios y la Asociación de Amigos de Alejandro Korn.

Abrió el acto el profesor Luis Aznar, quien aludió en breves párrafos a la característica de la reunión, su ausencia de énfasis académico, para evocar tan sólo la figura del filósofo. El profesor Francisco Romero pronunció en seguida una conferencia sobre las condiciones personales y la filosofía de su maestro, cuya significación—dijo—rebasaba su obra escrita. Aludió primeramente a su manera de expresarse en la vida cotidiana y en la cátedra, preferentemente deslizada en el cauce oral, más adecuado a la meditación continua, que era en Korn como un modo de «ser», y en donde, naturalmente, la palabra escrita asumía un rol subsidiario, el de fijar resultados. Los hechos, motivo de aguda observación de Korn, constituían en él una transitoria instancia para lo universal, informando un «saber» de realidades organizado, funcionalizado; no el saber práctico y lamentable tan frecuente, sino el fundado en la veracidad radical que no puede dejar de decirse. Se refirió a la particular amistad, de impulso incontenible por su fuerza interior, que efundió del filósofo, señalada en límites que el respeto imponía a su viva cordialidad, como una actitud espiritual ante el prójimo, hecha de ternura, delicadeza y libertad. Esa virtud de la amistad, centro de atracción en su personalidad excelente, fue por eso operante: los Korn se hicieron amigos entre sí. Rechazó—sostuvo luego Romero—posturas magistrales; y su bondad a la vez enérgica y militante constituía en gran parte el resplandor que escapa de los hombres predestinados a servir a los demás. La serenidad y el optimismo; la precisión del juicio con que aún sostenía las esperanzas caídas de los demás; la ponderación segura, y otras modalidades del filósofo, fundaban la tranquilidad de su ánimo fuerte, no por equilibrio estático, sino por estabilidad en su dinamismo. Para ir a la cabeza de los demás, sostuvo luego el conferenciante, es necesario el mando, o bien la vida y la conducta desprovista de los reductos que atrincheran prestigios precarios. Perteneció a los segundos y por eso se puso siempre inmediato. El humorismo, otra faceta singular de Korn, era el resultado de la presencia misteriosa de lo posible,



Dr. Alejandro Korn

Epigramas

Desde el 28 del pasado julio nos hallamos oficialmente en estado de guerra en los departamentos de Cundinamarca y Santander. El gobierno lo ha decretado así, aunque la guerra no exista, ni cosa que se le parezca, y preciso es aceptar el hecho, como en el caso del epigrama aquel que cuenta cómo se hizo enterrar a un hombre vivo, por cuanto el médico, que sabía más que él, le había declarado muerto.

Entre nosotros no escasean ejemplos de semejantes declaraciones. Recordamos una ley de uno de los antiguos Estados federales, concebida en estos términos: «Declárase héroe al general N. N.»; y los ciudadanos tuvieron que creer y sostener lo ordenado por el poder soberano, hasta que la ley fue derogada. En cierta circular de un director de instrucción pública, sobre la manera como debía cantarse el himno nacional en las escuelas, al llegar a un paso heroico, decía: «Aquí los niños se entusiasmarán», y suponemos que los rapaces, obedientes al mandato de la autoridad, se entusiasmaron.

(De Carlos Martínez Silva en *Prosa Política*.
«Biblioteca Aldeana de Colombia», Bogotá, 1936).

tras lo existente. Para no incurrir en una metafísica osadamente afirmativa, se evadía el autor de *La libertad creadora* en cada momentánea afirmación, poniendo un límite ante el gran enigma, no sólo por prudencia—porque a veces era espléndidamente imprudente—sino para no incurrir en autoridad dogmática.

El profesor Romero expuso luego diversos aspectos de la obra de Korn, en una estructurada exégesis, siendo muy aplaudido al terminar.

El doctor Pedro Henríquez Ureña siguió en la palabra, refiriéndose al tema literario en la obra del filósofo, que encontró lo suficientemente importante como para requerir estudios monográficos parciales. Con ejemplos leídos y comentados, este catedrático realizó una amena exposición sobre el problema formal de la literatura de Korn, escritor—dijo—que se suprimió a sí mismo, toda vez que entre los 20 y 30 años escribió una curiosa novela sobre la vida y el campo argentino de hace cincuenta años; y numerosos poemas en alemán, idioma de sus padres, mencionando la evidente finura de apreciación, estilo pulido y sencillo, que al decir de Raimundo Lida «era un magnífico estilo español, muy argentino y muy de Korn», sin recurrir a palabras técnicas nada más que en lo imprescindible, y dentro de frases breves, para no obscurecer las amplias.

Sucedió a Henríquez Ureña el embajador de México en nuestro país, Alfonso Reyes, siendo saludado con gran simpatía por el público al iniciar sus palabras. «Me presento con las manos vacías—dijo—con las manos de la amistad; con la honra y el gusto de comparecer ante el homenaje de un filósofo argentino cuyos viejos y fieles amigos son también los míos». Sus frases expresaron una visión de Korn como importante clasificador del pensamiento de América, confuso por nuevo. Ser filósofo en América resulta por eso una excelente heroicidad; porque la filosofía entra en el subsuelo, extrae manantiales interiores, y luego los derrama en beneficio de todos. El que piensa bien procede bien. En el seno de sociedades no diferenciadas, es difícil una estructura filosófica, y cuando ella aparece asume como en Korn la figura «de un chorro de sangre que tuviera que labrar su propia arteria». Por eso, agregó, entre nosotros, la condición de filósofo significa sangría constante, para alivio de un dolor social con orientaciones saludables. Finalmente Alfonso Reyes expresó que América, hoy más que nunca, necesita de la inteligencia».